



Nº 44 | 7 DE ABRIL DE 2015

# elQuincenal

Colegio Internacional Kolbe

*"Quien no perdona, no educa"*



## CLARA FONTANA

La idea es articular este tercer encuentro con Franco Nembrini a través de las preguntas que nos habéis enviado. Por eso empiezo leyendo las cartas que nos han llegado de algunos padres.

La primera dice: “Usted dice que para que un hijo haga suya la hipótesis que le proponemos, tiene que experimentarla. Pero los hijos de ahora no quieren experimentar nada que les suponga el más mínimo esfuerzo, que les provoque. Un ejemplo de esto es que los padres vamos a las manifestaciones, pero nuestros hijos no nos acompañan; colaboramos en la parroquia, pero ellos no se implican... Mi pregunta es: ¿debemos obligarles a experimentarlo? ¿Debemos obligarles a acompañarnos? Si a esta edad no se adhieren a lo bueno, a lo bello y a lo verdadero, ¿puedo esperar que lo hagan cuando sean adultos?”.

## FRANCO NEMBRINI

Se podría incluso intentar responder juntos a las preguntas de esta tarde. Porque para este tipo de preguntas no existe un solo tipo de respuesta, y mucho menos la respuesta más justa es necesariamente la mía. Ante todo, como hemos dicho, la educación tiene que ver con toda la persona, con el misterio de la persona. Por tanto, para un caso particular no existe una respuesta universal. Si un padre me dice que su hijo no se separa del sofá, que está todo el día con el móvil y los video-

juegos, yo no tengo una respuesta: tengo un criterio que podemos discutir juntos, pero cada familia, cada progenitor, debe probar y encontrar la mejor respuesta para su hijo. Y son siempre intentos. Con mi criterio, intento dar una respuesta: obligar a los hijos a leer ciertos libros, a ir a la iglesia, a seguir el catecismo, es obviamente un error. Lo mejor es que haga suyas las razones que yo le doy, que las viva. No que haga lo que yo digo, sino que se convierta en un hombre capaz de razonar y entender la grandeza de lo que le propongo.

A nuestra generación le cuesta cada vez más fiarse de los propios hijos, y eso genera violencia. Ya he contado el ejemplo de un chico al que preguntaban qué era Comunión y Liberación, y respondía: “El lugar al que los niños debemos entrar cuando nuestras madres tienen miedo”. Esa es la tentación que tenemos que vencer. El objetivo de la educación es que nuestros hijos puedan hacer todo el recorrido para amar ellos la vida y la libertad, y esto nos va a costar trabajo y sufrimiento, pero no tenemos que tener miedo. Este trabajo, esta fatiga, es suya: tienen que vencerla ellos.

Pongo dos ejemplos de esto: dentro de un mes me llevan a Siberia a cazar osos. Y me viene a la cabeza esta imagen porque con los hijos es así: cuando digo que la educación es introducción a la realidad y a su significado en el fondo es igual que ir a la caza del oso. Es como decirles a los hijos: “Te llevo a cazar osos porque yo soy capaz de hacerlo”. Entonces les llevo al bosque







y les enseño a leer los signos de la presencia del oso: la rama quebrada, las huellas... Signos positivos y negativos (también los excrementos son signos de la presencia del oso). En resumen, les llevo a la curiosidad, a que tengan ganas de encontrar esta presencia misteriosa que está en la realidad. Llegados a este punto entendemos que los adultos estamos comprometidos con la realidad para descifrar los signos. Y el entusiasmo que yo tengo cuando encuentro las huellas del oso se convierte en el motor del entusiasmo de mis hijos. Pero si no me conmuevo, no me quedo estupefacto y lleno de agradecimiento, ¿cómo se va a sentir mi hijo así, conmovido ante las cosas?

Segundo paso: llega un día en el que de verdad nos encontramos con el oso. Y mi hijo ve de verdad el oso, e intuye la gran presencia. En ese momento la batalla pasa a ser suya: ya no la podemos luchar por él. Y tú tiemblas, esto te da temblores, y lo que haces es convertirte en fan, en admirador de tu hijo, pero no puedes ocupar su lugar. Es como si tu hijo alzase el vuelo, y tú estás mirando, pero no puedes ponerte a su altura: puedes ser su escudero, llevarle la lanza, animarle; pero él está frente al misterio, y tú no puedes ocupar su lugar. Y nosotros pensamos que es nuestra responsabilidad ahorrarles este trabajo, esta fatiga. La "mamma" italiana da un paso al frente y dice: "Yo combato por ti, soy tu madre". Pero es mejor prepararle la cena para cuando vuelva de esta batalla. Cuando nuestros hijos están mal, nos enfadamos: como están vivos, nos enfadamos.

Ayer estaba trabajando con mis alumnos un texto de Miguel Mañara, hablando y discutiendo sobre la libertad, el papel de los padres y todas estas cuestiones. Para que lo entendieran les he contado la historia del gallinero: un huevo de águila por equivocación acaba en un gallinero de gallinas. Cuando los huevos se abren, salen los pollitos y cumplen su obligación: buscar gusanos en la tierra. En cambio, el polluelo de águila intenta hacerlo, pero no puede, y está mal. Intenta estar como los otros pero está mal, sufre. ¿La madre gallina qué hace? Se cabrea. Le grita y le dice: "No puedes estar mal, estamos en un gallinero, hay gusanos... ¡Tienes que estar bien!". Pero el polluelo no puede hacer nada, está mal y no sabe por qué. Hasta que un día en vez de estar con la cabeza baja buscando gusanos levanta la cabeza y cuando ve el cielo, se llena de conmoción y empieza a llorar: no sabe qué es pero entiende que entre él y el cielo hay algo. Así, cada vez que ve el cielo se conmueve, hasta que un día ocurre el primer milagro de la educación: ve un águila volando, y de manera imprevista, entiende. "No soy una gallina, soy un águila". Entonces desesperadamente quiere alcanzar el cielo al que se siente destinado. Todo el gallinero le toma el pelo, le insulta y le aparta, y su madre le dice: "No mires al cielo, mira al suelo, busca los gusanos". Pero él lo ha entendido: una noche mientras todos duermen sube al tejado e intenta volar. Éste es el misterio de la educación: en vez de caer al suelo, vuela y sube hasta el cielo. Mientras tanto, su verdadera madre está en el cielo viendo cómo está en

el gallinero intentando coger gusanos. Nosotros diríamos: “¡Idiota, lo estás haciendo mal, tienes que venir conmigo al cielo, volar alto!”. O, como dice la pregunta con la que hemos iniciado el encuentro, incluso coger al polluelo y llevárselo al cielo por obligación. Y cuando llega arriba lo suelta y claro... El polluelo cae.

El destino del águila es volar, volar siempre. El oficio del padre es volar siempre, para que los hijos vean que están destinados a ello. Es la propia naturaleza la que da a tu hijo el deseo de volar, se lo da Dios, no tú: así que fíate. Tú vuela, y tu hijo volará.

Conté esto a mis alumnos y una chica de 15 años se levantó llorando y dijo: “Todas nuestras madres son gallinas”. Todas las personas que tenemos delante, en vez de conmoverse por el cielo, nos dicen: “Piensa en tu gusano cotidiano”. Hemos vuelto a la cuestión decisiva: la del testimonio y la libertad. El corazón de nuestros hijos es como un teléfono móvil. No suena si no recibe una llamada, pero basta con que reciba la más mínima señal para que se encienda y empiece a funcionar. Se necesita una señal potentísima para ponerlo en marcha: nuestros hijos no tienen un corazón desviado o podrido; tienen el mismo corazón que nosotros pero están metidos en un refugio antiatómico con toneladas de mierda encima, con presión social, que es lo que impide que esta señal llegue a su corazón. El problema no es el móvil, sino la señal. El problema no es el corazón, que funciona, sino la señal: nuestro testimonio.

#### CLARA FONTANA

Otra carta dice que entiende cuando hablas de que a los hijos hay que quererlos como son, pero hay un deseo que todo padre tiene cuando ve que su hijo se equivoca, y es que su hijo cambie. ¿Cómo se compagina quererlo como es con este deseo de cambio? En esta carta hablan de cuestiones serias: drogas, sexo, alcohol...

#### FRANCO NEMBRINI

Si tu hijo está malo porque tiene bronquitis, ¿qué haces tú? Si se ha puesto malo, le cuidas. “Tienes fiebre, toma estas medicinas, vamos al médico...”. Y al final se cura. A los tres días, imagínate que vuelve a tener bronquitis. Y así: se cura y vuelve a enfermar, se cura y vuelve a enfermar. Y al final, ¿la madre qué hace? Pues dice: “¡Que te den por saco, ahí te mueras con tu bronquitis, nunca estás sano!”. ¿Verdad que sí? ¿Y por qué con el alma va a ser diferente? Si tu hijo se equivoca, mucho, frecuentemente, ¿no aumenta la piedad, la compasión, el perdón, la misericordia? ¿Aumenta el

odio? A veces no entiendo estas preguntas. Si tu hijo se equivoca mucho, tiene mucha necesidad de ser perdonado, justo igual que yo, justo igual que tú, justo igual que nosotros. No significa que no le corrijo o no le regaño: si peca, si se equivoca, le corrijo. Pero el modo con el que le miro es de perdón infinito. El contexto es el mismo: un amor, no un cabreo. A veces podéis pensar que cuando digo esto pienso que no pasa nada porque el hijo se equivoque. Pero cualquiera que haya estado en mi casa sabe que no: me cabreo, me equivoco, me pongo furioso. Pero hay un bien: quieres bien a tus hijos y a tus alumnos, y este es el primer movimiento que haces.

Hay un equívoco en la relación que tenemos con el mal. Ahora lo voy a decir a lo bruto: nosotros pensamos que la educación cristiana, católica, es esta: yo voy por la calle con mi hijo y en un cierto punto en un árbol veo a Zaqueo. La educación católica realmente es esta: “Hijo mío, mira a ése, es un idiota, es un delincuente, y tú nunca tienes que convertirte en alguien así. ¡Ay de ti si vas a los árboles donde está este tipo de gente! Ven conmigo, que te llevo por el camino recto: vamos a misa”. Esto en los hijos tiene un efecto devastador, porque obtiene dos resul-

tados: la curiosidad de saber qué hay en el árbol (al menos una vez en la vida van a escaparse para descubrirlo) y una malísima impresión del padre, porque ven que hay algo que le da miedo. “Hay un aspecto de la realidad frente al que mi padre huye, escapa”.

Pero la educación funciona de otra manera: si sabemos que la vida es grande, bella, bonita, justa, que a Zaqueo “me lo como”, ¡no tengo miedo de él! Entonces le digo a mi hijo que espere un momento, y voy a Zaqueo y le digo que esta noche quiero ir a cenar a su casa. Mi hijo diría: “¡Pero qué padre tengo, que está frente al bien y al mal con esta libertad! Mi padre es el más grande de mundo, es un gigante”. Entonces esa noche vamos a cenar a casa de Zaqueo mi hijo y yo, y él ya no quiere subir al árbol. En el árbol no queda nadie. Y yo acompaño a mi hijo.

Tenemos que darle la vuelta a nuestra forma de pensar. Cuando en clase hay uno que es un cretino, insostenible, y el resto de los compañeros se quejan y me piden que lo eche de clase, que no les deja estudiar, que les distrae... Yo les digo: “Chicos, miradle. ¿No os parece que Dios ya le ha castigado suficiente?”. Y durante una semana ese ya no arma follón en clase, y los otros son más pacientes. Es una mirada diferente. Hay que hacerlo así, porque ése es el que desafía, y frente a ese, si los chavales buenos te ven actuar así, te siguen. Con los hijos es igual.

**Si tu hijo se equivoca mucho, tiene mucha necesidad de ser perdonado, justo igual nosotros**



### CLARA FONTANA

Vamos ahora con una pregunta de profesores: una que se ha repetido es que cuando a un adolescente o a una familia le has dicho cientos de veces las cosas y ves que no responde, tienes la tentación de distanciarte, como diciendo: “Yo ya he hecho todo lo que he podido”. ¿Cómo acompañamos a esta gente sin ser pesados pero sin distanciarnos? ¿Sin desentendernos?

### FRANCO NEMBRINI

Es el mismo caso que con el niño enfermo. Si has perdonado tres veces, te quedan unas cuantas hasta setenta veces siete, como dice el Evangelio. Sólo puedes hacerlo siempre con una condición: sólo puedes perdonar así cuando alguien te perdona todos los días, cuando eres perdonado constantemente. No quisiera que Dios se cansara de perdonarme y se alejara. Así tenemos que acercarnos nosotros a los demás. No sé cómo levantarme por la mañana sin sentirme perdonado. Recordad esta frase del Evangelio: “El que esté libre de pecado que tire la primera piedra”. Y continúa diciendo que

cuando Jesús levanta la mirada se habían ido todos, empezando por los más viejos. Cuanto más viejo, el bagaje de tus pecados aumenta, no disminuye. Tu familia, tus hijos, tus amigos te han perdonado tantas veces después de tantos años, que no puedes ignorarlo. Si vas en coche al colegio y durante un solo minuto recuerdas esto, entras en clase con energía suficiente como para perdonar a todos, todo, siempre. Cuando se deja de perdonar, se deja de enseñar.

### CLARA FONTANA

También había una pregunta que se titulaba “premio o castigo”. Existe una educación que se basa en esto, y la persona que hace esta pregunta afirma que no le parece una educación, sino parece un chantaje, porque pospone el bien para después. ¿Cómo educar así?

### FRANCO NEMBRINI

La dinámica del premio y el castigo se convierte en un dios. Porque no hay ningún chaval que no intente evitar un castigo y llevarse un premio, porque no son ton-



Anunciación | Beato Angelico



tos. Esto no funciona. Nosotros en este perdón que hemos descrito ya somos premiados, todos, sin distinción. Además, lo hacemos al revés: usamos los castigos como premios y los premios como castigos. “Te castigo con ir a misa todos los días”. ¿Qué castigo es este? Ese padre necesita corrección. Igual que el profesor que enseña Lengua Italiana y debería enseñar a amar la literatura, pero como castigo obliga a aprenderse tres cantos de Dante. ¡Hay que ser tonto! No hay una manera mejor para hacer odiar las cosas que castigarles con ellas. Al menos ayudémonos... Como yo soy profesor de Italiano leS pongo de castigo hacer deberes de Matemáticas. Si luego las odian es problema de otro... ¡No le voy a hacer odiar mi propia materia!

¡Que un castigo sea ir a misa o rezar el rosario! Yo esto lo hice con mi segundo hijo, pero al revés: “Como castigo, no vienes a misa. Te quedas en casa”. A este hijo nunca nunca le he hecho rezar, porque había aprendido esto de mis padres. Ellos no estaban preocupados de hacernos rezar: ellos rezaban. Son dos acciones completamente distintas. Yo intentaba hacer lo mismo. Me acuerdo de la maravilla, de la conmoción, un día que

acompañé a mi hijo Andrea a la estación de tren para que fuera a la universidad. Subimos al coche y somos bastante parecidos, nos mantenemos en silencio normalmente, así que estoy conduciendo callado, pensando en mis cosas, y me dice: “Papá, ¿rezamos el Ángelus?”. Y yo no creía lo que estaba oyendo, me quedé estupefacto. Mi hijo, con el que nunca había rezado, lo rezaba ordinariamente, como yo. Y pensé: “¡Qué grande es Dios!”, y me sentí avergonzado porque mi hijo era quien me estaba enseñando a rezar. Aquí no hay reglas, no hay cosas fijas: que cada uno haga lo que quiera. No os digo que no enseñéis a rezar a vuestros hijos, eso es una tontería; sino que cuando la educación es un testimonio respeta el espacio de libertad necesario de los hijos y a los alumnos. Y los hijos se implicarán en los estudios cuando ven la libertad y la belleza.

#### CLARA FONTANA

Provocó un poco de escándalo entre los profesores el ejemplo que ponías que decía: “¿En qué momento tengo que intervenir? Porque le estoy dejando demasiado libre y se está alejando”. Y tú decías: “¡Nunca!”. Pero no es que



dejes de intervenir y de repente sí, no es que digas se acabó la libertad e intervengas. Esto es duro escucharlo.

#### FRANCO NEMBRINI

Tenéis que entender que respondo de forma sintética a todo. Recuerdo que os conté el episodio de Don Giussani y la monja: “No existe un punto en el que estemos autorizados a quitar la autoridad a los hijos, porque no lo hace ni siquiera Dios”. Esto no significa que a ti te dé igual, no significa que no intervengas. Intervienes siempre, es tu hijo, pero de una forma diferente, hay formas y formas de intervenir. Pero hay un modo que es el que hemos descrito hoy que surge de una voluntad de perdón, de una voluntad de bien. Ponemos energía, tiempo y dinero para que nuestros hijos puedan ser arrastrados por la belleza, para que se enciendan. En último lugar, haces que te ayude tu marido, tu mujer, tus amigos para soportar el dolor de ver a tu hijo sufrir, equivocarse, hacer un recorrido que sólo él puede hacer. Si veo que mi hijo está literalmente muriendo hago cualquier cosa. Pero cuando Giussani decía que ese punto no existe, dice algo absolutamente verdadero: el camino de la libertad del hombre, para ser hombre, sólo lo puede hacer tu hijo, no lo puedes evitar. Es una cosa que yo he aprendido frecuentando a familias. He tenido ocasión de visitar comunidades de rehabilitación, de recuperación de adicción a drogas. Tienen algo único, viniendo de métodos distintos. Hay un momento en el que la madre tiene que tener la valentía, casi el coraje, de la crueldad. Enseñan a los padres lo siguiente: “Si tú cuando ves a tu hijo drogado le das de comer, no le estás ayudando, le estás matando”. Enseñan a los padres a tener la puerta cerrada y no dejarles entrar. Y los hijos permanecen en la puerta gritando, llorando: “¡Dame de comer, me muero de hambre!”. Pero los padres no pueden abrir esa puerta. ¿Por qué? Porque la única forma de ayudarlo es que el hijo haga todo el recorrido, y que llegue al punto de que se dé cuenta y diga: “Me muero, tengo que ir a la comunidad a hacer rehabilitación”. Y así los chicos toman la decisión de hacer todo el proceso y toda la metodología. Es lo mismo que el hijo pródigo, que tuvo que hacer todo el recorrido. Pero nuestras madres, a escondidas, van a donde está el hijo pródigo entre los cerdos y le llevan un bocado. Pero así lo matan porque no volverá nunca a casa.

#### PADRE DEL COLEGIO KOLBE

Cuando te escucho hablar, percibo un gran atractivo en el modo en el que planteas la educación, al ver cómo has educado a tus hijos. No me deja tranquilo porque a

la vez que veo el atractivo, veo una gran dramaticidad. Si yo hago esto que tú dices, corro un gran riesgo. Un riesgo grande con mis hijos. ¿Y si me equivoco? Ponemos muros de seguridad que son estos que tú intentas desmontar. Me produce sofoco. Al principio dije una premisa: no educar solos. Yo me siento incapaz de mantener una posición como la que tú propones si estoy solo. Me siento incapaz. Porque yo muchas veces, a la primera dificultad... Es que me da hasta vergüenza la incapacidad que tengo de educar bien. Esta sensación de incapacidad, de vergüenza... No me la quita que mis hijos, bendito sea Dios, sean maravillosos y dé las gracias todos los días por ellos. ¿Cómo nos ayudamos a afrontar esto? ¿Cómo no educar solos?

#### FRANCO NEMBRINI

Me asusto cuando alguien dice “mi incapacidad”. Qué coñazo, basta. Antonio, eres súper capaz de hacerlo, de educar a tus hijos. No hay unos capaces y otros no, somos todos un atajo de desgraciados. Pero nuestros hijos no nos piden que seamos capaces, sino que nos piden que estemos vivos. “Soy incapaz, soy un desastre, no puedo...”: eso no sirve. Encima le llamamos humildad. Eso no está bien. La humildad verdadera es la del que sabe que hay un límite, que es un desgraciado pero también que la vida es infinitamente más grande que ese límite, más grande que él. ¡Coraje! El demonio no es el príncipe de los malvados; los

malos son de Jesús, porque Él va a buscarlos a los lagos, a los árboles. El diablo es el príncipe de los depresivos. De los que piensan que su mal es tan grande que no pueden ser perdonados, y viven sin leticia, sin alegría, y por todos lados transmiten tristeza. Eso no es humildad cristiana. Nuestra humildad es la de la Virgen, que tampoco es que fuera tan humilde...: “El Señor ha mirado la humillación de su esclava y desde ahora me felicitarán todas las generaciones”. ¿Esto es humildad? Sí, pero es una conciencia grande de lo que hace el Señor, no decir “qué asco doy, qué asco doy”. Como educadores tenemos que tener esta conciencia. Es verdad que damos asco, pero qué cosas grandes hace el Señor a través de esta pobreza nuestra. A través de nosotros trae al mundo seres para la eternidad, aunque rara vez es algo consciente para nosotros... Ciertas noches en las que yo estaba participando del misterio creador de Dios en el mundo no me daba ni cuenta: tenía sentimientos más bajos. Y a través de estos deseos tan bajos y banales Dios ha traído hijos al mundo, seres destinados a la eternidad. La educación es así. Raramente soy consciente del amor que debo a mis hijos, del perdón. Pero Dios, apoyándose en esta pobreza, construye la educación de los hijos.

**Nuestros hijos no nos piden que seamos capaces, sino que nos piden que estemos vivos**

Sansón se tenía que enfrentar a los filisteos y se encontró a un oso. Y coge una quijada de burro y con ella derrota el ejército. Mi párroco decía: “Si Dios ha hecho milagros con una quijada de burro, ¿qué no hará con un burro entero?”. Esta es la humildad cristiana. Así que ánimo, coraje.

### MADRE DEL COLEGIO KOLBE

A mí no me preocupa tanto mi incapacidad, porque tú dijiste que para nuestros hijos importa el testimonio que les damos. Mi hija me ve con miedo, debilidad, preocupación... Como lo que soy, humanamente limitada. Ella me ve así. Yo lucho, tengo lo bueno y lo malo. Pero por otro lado tú decías que ellos lo que hacen es tirar de la cuerda para ver si la casa aguanta. Si voy a mi vida, a un ejemplo de mi vida, os hablo de mi hija adolescente: existe el “sí” y existe el “no”. El “no” es mucho más difícil. Yo con mi hija, en las cosas básicas de la vida, tengo que decir: “Esto es así y punto, basta”. Ahí surge el enfrentamiento. Pero por otro lado, cuando ella se rebela, yo no tengo la experiencia de tener que perdonarla, porque no entiendo que ella quiera ofenderme: sólo tira de la cuerda. ¿Y en este punto me tengo que mantener firme? ¿En las cosas básicas, imprescindibles, en su salud, en los estudios?

### FRANCO NEMBRINI

Hay algo que no me convence en este concepto de “cosas básicas”. ¿Qué cosas son básicas? Comer es básico. ¿Por qué una adolescente deja de comer hasta el punto de morir? Hay algo más básico que la hace afrontar de

otra forma la idea de la alimentación. ¿Qué hay que sea básico hasta el punto de tener que elegir entre la vida y la muerte? ¿Qué hay tan básico que hace que una chica no pueda ir a la piscina, al teatro, para que no se le vean los cortes que se ha hecho en los brazos con la cuchilla? ¿Ella no sabe que está mal? ¿Creéis que a una anoréxica le podéis decir “come, que es bueno para ti”, como si ella no lo supiera? ¿Qué hace que unos chicos de 14 años, y esto me impacta, salgan por la noche no para divertirse sino para estar mal, con el objetivo de estar mal, y tienen organizado el sitio de la fiesta con huecos ya para vomitar? ¡Lo saben ya! Esto son todas cosas básicas. Hay que comer, hay que estudiar, se sale para divertirse y no para vomitar... ¿Qué hay más básico que todas estas cosas que sin embargo está en el origen de todas ellas? Un malestar radical que es el que hemos descrito en estos encuentros: un malestar, una orfandad... Nadie daría la vida por ti, tú te das asco, y eres tú el que te vas quitando la vida. Esta mirada llena de amor y llena de perdón sólo es posible con un entusiasmo por la vida: entusiasmo por comer, por divertirse, por estudiar.

Probad a pensar lo fácil que lo tenemos nosotros los cristianos. Celebramos la Semana Santa y vemos que el cristianismo es precisamente esto de lo que hemos hablado en estos encuentros: es el anuncio en la Historia de que Dios nos ha amado primero, cuando todavía éramos pecadores. Yo seré una mierda, pero Dios ha dado la vida por mí. Y esto establece un valor, una dignidad en mi persona, que nadie me puede quitar, ni siquiera mi padre y mi madre. Por lo cual Dios es realmente la salvación de la peor situación familiar.



Franco Nembrini, durante el tercer encuentro